



ACTO PRIMERO

En casa de Pablo Astier, en el hotel Padovani.

Despacho majestuoso, alto de techo, severas colgaduras.— A la derecha la habitación de Pablo Astier, oculta por magníficos tapices oscuros.—Gran ventana á la izquierda.—Mesa de despacho, cargada de folletos; el sillón debe estar colocado dando frente á la habitación de Pablo.—En el fondo, puerta vidriera que da acceso á la terraza y al jardín del hotel.—Al levantarse el telón la ventana de la izquierda está abierta de par en par.—Es por la mañana.—El joven Stenne, subido en un taburete, limpia los cristales.

ESCENA PRIMERA

LORTIGUE Y STENNE

LORTIGUE (*entrando por el foro, muy elegante, con una servilleta debajo del brazo y el cuello levantado*).

¡Buenos días, joven Stenne!

STENNE (*subido en el taburete, y sin volverse*).

Buenos días, señor Lortigue.

LORTIGUE (*poniendo la servilleta encima de la mesa*).

Está fresquita esta mañana de Abril.
¿Y el amo? ¿De paseo?

(*Abre una caja de cigarros, se coloca uno en la boca y coge un puñado, que se dispone á meter en su petaca.*)

STENNE

No, señor Lortigue. El señor no ha salido aún de su cuarto.

LORTIGUE (*volviendo á poner rápidamente los cigarros en la caja*).

Pero ¿está enfermo?

STENNE

¿Enfermo? Él... Pablo Astier... (*riese.*) ¡Jamás!

LORTIGUE

Es tan extraordinaria la cosa... (*baja la voz y señala á la habitación.*) ¿Está solo?

STENNE

Supongo. No entro nunca hasta que me llaman. Pero hay que creer que está solo, puesto que la señora se encuentra en Mousseaux, en su castillo de Turena, desde hace tres meses.

LORTIGUE

Precisamente... tres meses son mucho tiempo, sobre todo para una casa que se viene abajo. (*Hace señas al criado para que baje del taburete.*) ¿No sabes nada nuevo? ¿No se habla de nada en la cocina?

STENNE

¿Nuevo?... ¿Entre el señor y la señora?

LORTIGUE

No, no es eso... Es que Hémerlingue, su banquero, acaba de quebrar. Parece que á ellos les coge la quiebra y que todo se lo lleva la trampa.

STENNE

No puedo decir á usted nada... Lo que hay es que somos siempre diez ó doce á la mesa de los criados, que la señora tiene otros tantos con ella en el castillo, y que se mantiene el mismo tren de caballos, de coches, de carruajes, de caza. ¡Oh! Y además, sepa usted, señor Lortigue, que con este hombre yo no me asusto nunca. ¡He visto tanto cuando trabajábamos de arquitecto!...

LORTIGUE

Es verdad que era arquitecto antes de casarse.

STENNE

¡Ya lo creo...! Nosotros hicimos la embajada otomana, la hidroterapia Kayser, la restauración de Mousseaux, nuestra obra maestra.

LORTIGUE

Efectivamente, fué una obra maestra. Al restaurar el castillo, hacerse amar por la castellana y decidir á la altiva duquesa María Antonia Padovani, Mari-Anto, como la llaman sus primos, á que se convierta en la señora de Pablo Astier... Fué lo que se puede llamar una obra de provecho.

STENNE

Y cuidado que al principio la vida fué dura. Me acuerdo de nuestra casa de la calle de Fortuny, una casita muy mona, estilo Luis XII, edificada por nosotros. Allí dentro hemos sostenido verdaderos bloqueos. ¡Hasta tuvimos hambre!... ¡Se comía uno las molduras!

LORTIGUE

¿Hace mucho tiempo de esos días heroicos?

STENNE (*volviendo á su faena.*)

Tres años escasos... Después se metió en política, como todo el mundo, y hoy nos vemos diputado, marido de una Duquesa, primo de los individuos de más relumbrón de Francia...

LORTIGUE

¡Y limpiando cristales en el hotel Padovani, que es lo mejor que hay en el barrio como mansión señorial!... Tienes razón, muchacho; una suerte así es cosa que tranquiliza.

STENNE

Sí, suerte; pero además... (*haciendo una mueca*) sabe la aguja de marear, sabe preparar los colores de su paleta. No hay en el mundo quien combine mejor que él los colores, ni quien sepa tomar en más justas proporciones el blanco, el azul, el rojo. Jamás se equivoca ni toma un tubo por otro.

LORTIGUE

Lo cual vale mucho en política.

STENNE

Sí; pero antes de llegar á eso, ¡cuántos trabajos! ¡Cuántas miserias!

LORTIGUE

Sin embargo, el padre de Astier era rico. El Sr. Astier de Chauvagnat, individuo de la Academia Francesa, que habitaba en el Instituto las habitaciones del gran Villemain... ¿No os ayudaba?

STENNE

No por cierto. Jamás nos entendimos con el viejo.

LORTIGUE

La verdad es que el padre y el hijo no son de la misma escuela. Es cosa rara

que de aquella peluca vieja, de aquel montón de lucubraciones histórico-filosóficas: *Estudio sobre Marco-Aurelio*.— *La misión de la mujer en este mundo*, haya salido un tipo tan completo como el amo, tan práctico, tan moderno (*señalando á la habitación*). ¡El ha entendido de muy diferente manera que su papá la misión de la mujer en este mundo! ¡Y no quiso pudrirse mucho tiempo en la casa del gran Villemain! Es maravilloso lo poco que se parecen entre sí los individuos de una misma familia... Y le van muy bien...; precisamente los *Debates* de esta mañana... ¡toma! y ahora que caigo, es preciso que le enseñe el periódico... (*Se acerca á la puerta de la alcoba, levanta el tapiz y llama dando un golpecito con la mano*). Soy yo... Lortigue... el ilustre jefe de la secretaría de usted... aquel á quien ha tenido usted la bondad de designar con el apodo de Tupé de Nimes... (*No se oye la voz de Pablo Astier, sino solamente la de su secretario*.) Sí, señor... No, señor... (*con sonrisa cortésana*). ¡Ah! ¡ah! muy bonito... ¿Sabe usted que los *Debates* anuncia su nombramien-

to?... Encima de la mesa, sí. (*Se acerca á la mesa y coloca encima de todos un periódico desdoblado: luego vuelve á la puerta*.) Esta noche hay ópera. ¿Hay que mandar el palco á la generala Sélény?... ¡Ah, sí! es verdad que estas señoras están viajando... (*Aparte, acercándose á la mesa*.) Por eso no ha salido hoy á paseo... el ojeo está interrumpido!... (*Volviendo hacia la puerta de la alcoba*.) También dejo encima de la mesa el nuevo tomo de Herscher, del cual habla todo el mundo... Sí; ya sé que no lee usted nunca novelas, sino que las hace... Pero esto no es una novela... Es un estudio sobre la juventud de Darwin, el autor predilecto de usted.

(*Ha colocado el libro de Herscher encima de la mesa, y mira minuciosamente el correo, los timbres, la letra de los sobres y hasta el contenido de éstos, poniéndolos al trasluz*).

STENNE (*que pasa junto á él y se va por el foro, llevándose el taburete, después de cerrar la ventana, con tono de burla*):

Nada, sin miedo... Pues ya que ha em-

pezado usted, limpie también los cristales.

(Váse.)

LORTIGUE *(acercándose nuevamente á la puerta).*

¿No tiene usted nada más que mandarme? Bueno... además ya verá usted en la Cámara... Pasaré por Agricultura para el asunto de ese primo... ¡Pesado y comprometedor es el tal pariente de provincias!... Y desagradecido además... Perfectamente... comprendido... no tiene sentimientos.

(Váse por el foro. La escena queda sola un momento; luego un brazo de mujer levanta el tapiz de la puerta de la alcoba, y se oye la voz de Lidia).

LIDIA *(fuera).*

No, no; ¡si no hay nadie!

ESCENA II

LIDIA VAILLANT, luego PABLO ASTIER.

LIDIA *en corsé, los brazos y los hombros desnudos, acabando de alisarse y sujetarse el pelo con las horquillas).*

Quiero leer ese periódico. *(Se acerca rápidamente á la mesa y recorre con la vista el periódico que Lortigue ha dejado desdoblado.)* ¡Ah! ¡Aquí está! *(lee).* «En el Consejo de Ministros de ayer mañana quedó acordado el nombramiento del Sr. D. Pablo Astier para subsecretario del Ministerio de...»

(Lidia, en pie, se queda pensativa con el periódico en la mano.)

PABLO ASTIER *(en traje de mañana, elegante. Antes de entrar, llama).*

¡Lidia! *(entrando).* ¿Qué pasa, hija mía?

LIDIA (*dejando el periódico*).

Estoy pensando que ahora estás hecho un grande, un grandísimo personaje.

PABLO ASTIER

Sí, seremos Ministro antes de los treinta y cinco años. La cosa es bonita.

LIDIA

¿Y qué será de tu pobre Lidia en esta apoteosis?

PABLO ASTIER

Será siempre lo que yo más ame en el mundo... ¡Ah! Si pudiera ser libre y hacerme mi mujer, mi verdadera mujer...

LIDIA

Jamás he pedido más que tu amor... Sobre todo no quiero que te canses de

mí. Cuando estés harto, cuando vea en tus ojos que ya no me amas... cosa que parece que se lee muy bien... en vez de enfadarme y de volverme mala...

PABLO ASTIER (*á media voz*).

¿Qué harás?

LIDIA

Veamos tus ojos... ¡Ah! Mientras me miren así, estoy tranquila.

PABLO ASTIER (*se inclina y le da un beso en los desnudos hombros*).

¡Alma mía!

(*Abrese bruscamente la puerta del foro. Entra Chemineau. Lidia da un grito y se refugia en la alcoba.*)

ESCENA III

PABLO ASTIER, CHEMINEAU (*sonriente, todo afeitado, con corbata blanca, aspecto de hombre de negocios. Cartera de viaje colgada de una correa*).

PABLO ASTIER

¡Hola, Chemineau!... ¡Entra, hombre!

CHEMINEAU

¡Qué estúpido ese Lortigue, no haberse atrevido!... (*Le estrecha la mano y señala hacia la alcoba.*) ¡Es bonita! ¿es nueva?

PABLO ASTIER

¡Ah! sí... nueva... ¡seis meses! Empiezo á tener...

CHEMINEAU (*señalando á la alcoba*).

Ten cuidado.

PABLO ASTIER

Está caído el tapiz... No se puede oír nada.

CHEMINEAU

Ya estoy al cabo de la calle...; es la muchachita aquélla, antigua protegida, señorita de compañía de la Duquesa... (*con tono de amistoso reproche*). Pero ¿por qué la recibes aquí? ¿No tienes ya tu cuartito de soltero de la Avenida Gabriel?

PABLO ASTIER

¡Oh! Esto es por una vez. Observa, además, que ha entrado por la calle de Lille y por el jardín, y que se irá por el mismo sitio; las apariencias están cubiertas.

CHEMINEAU

No importa; haces mal... en la situación en que te encuentras respecto de

tu mujer... vigilado, seguido paso tras paso y en todos los momentos...

PABLO ASTIER

Sí, ya sé, por Lortigue...; pero ese no dice más que lo que yo quiero que diga, y no recoge más que lo que yo dejo caer.

CHEMINEAU (*con sonrisa de admiración y acento un poco afectado*).

¡Tunante! ¡Eres buena pieza!... (*Señalando á la alcoba.*) De modo que haces que venga aquí á propósito...

PABLO ASTIER (*riendo*).

¡Quizás!...

CHEMINEAU

¿Quieres provocar la cólera de tu mujer... una ruptura completa... la separación definitiva?... Pues, hijo, no lo conseguirás.

PABLO ASTIER

¿Eso crees?... Es verdad que vienes de Mousseaux.

CHEMINEAU

Esta mañana he llegado de allí.

PABLO ASTIER

¿La has visto?

CHEMINEAU

¿A tu mujer?

PABLO ASTIER (*apretando los dientes*).

Sí, á mi mujer... ¿Cómo está?

CHEMINEAU

Perfectamente. Con una valentía, con una serenidad ante la ruina, admirables; está dispuesta á sufrir todo cuanto so-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MÉXICO

brevenga. Podrás vender el castillo, las tierras, los muebles, los trenes, los caballos. Te deja libertad completa. Pero eso del divorcio es harina de otro costal. He querido sondearla, echarle algunas indirectas; pero me contestó con un «¡jamás!» tan enérgico, tan terminante y tan brusco, tan á lo Padovani, que me dejó helado. Me acordé de Lortigue, de «Tupé de Nimes» cuando quiso ir por lana y salió trasquilado. Y que tenía en la mano precisamente el mismo látigo perrero que aquel día. Tomé la puerta y me dirigí á visitar la posesión. Es verdaderamente regia, hijo, con sus anchurosas avenidas, que van á salir todas á la gradería de honor de la fachada principal, con sus cuatro torreones almenados. con su magnífica galería que da vista al río... Lo difícil, lo terrible, ha de ser encontrar quien la compre.

PABLO ASTIER

Eso ya está encontrado.

CHEMINEAU

¿Sabe que se trata de tres millones?

PABLO ASTIER

Tres millones... aunque sean cuatro, lo que sea necesario. En este momento la están visitando.

CHEMINEAU

¡Diablo!... ¿De modo que vendes amistosamente?

PABLO ASTIER

No, no, en subasta. No quiero que se sepa que conozco á los compradores.

CHEMINEAU

Eso hace variar mucho el negocio. Si vendemos Mousseaux en tres millones... el daño es reparable. Mira, al venir hacia yo un cálculo aproximado, y oye lo que resulta de él.

ESCENA IV

DICHOS, STENNE

PABLO ASTIER

¿Quién es?

STENNE

Dos caballeros que tienen mucha prisa,
y que insisten mucho en ver á usted.

CHEMINEAU

¿Tienes algún asunto?...

PABLO ASTIER

¿Asuntos?... No; creo que no. *(Toma de
manos del criado las dos tarjetas, las
mira, se estremece, da un paso hacia la
puerta de su alcoba y vuelve hacia Che-
mineau, que quiere retirarse.)* No te va-

yas. *(Al criado.)* Di que esperen un mo-
mento.

(Váse Stenne.)

ESCENA V

PABLO ASTIER, CHEMINEAU

PABLO ASTIER

Tienes razón. *(Mirando á la alcoba.)*
Era una imprudencia... *(Enseñándole
las dos tarjetas que tiene en la mano.)*
El padre... y el novio...

CHEMINEAU *(leyendo en voz alta).*

«Vaillant, administrador de Correos y
Telégrafos.—Doctor Antonino Caussa-
de, jefe de laboratorio...» *(Interrum-
piéndose rápidamente.)* No, hombre; no
por cierto.

PABLO ASTIER *(sorprendido).*

¿Cómo?

CHEMINEAU

Verdad que son el padre y el novio, pero no vienen para lo que tú supones. Se trata de una cuestión de arrendamiento; del contrato de arrendamiento de un inmueble que está para terminar. Hace tiempo que tu mujer había hecho en favor de esos Caussade un abandono absolutamente estúpido, que me ha parecido inútil renovar. Se dirigen á ti en alzada, y ya me habían dicho que lo harían.

PABLO ASTIER

¿De modo que tú crees?...

CHEMINEAU

Es una simple coincidencia. Además, ¿quieres que los reciba yo? Me entretiene á mí ese viejo. No hace más que soplar y soplar...

PABLO ASTIER

Eso es, recíbelos... será más prudente.

(Váse por la puerta de la alcoba.)

ESCENA VI

CHEMINEAU, STENNE, después VAILLANT
Y ANTONINO

CHEMINEAU *(instalándose en la mesa-despacho de Pablo y llamando á Stenne).*

Que entren esos señores.

(Ha tomado el tomo de Herscher y lo hojea con un magnífico cuchillo de cortar papel, arrellanado en un sillón, tapándose la cara con el libro. Entran Vaillant, con bigote cano, estirado, nervioso, aspecto militar; y Antonino, estrecho de hombros, con gafas, un poco encorvado á causa de los trabajos de laboratorio, aspecto tímido y embarazado. Chemineau, sonriendo bondadosamente y saliendo de detrás del libro.)

VAILLANT *(sorprendido).*

Pero... si es al Sr. D. Pablo Astier...

CHEMINEAU

Como había dicho yo á ustedes, mi amigo Pablo Astier, ocupado en sus quehaceres parlamentarios, con los trabajos de la Comisión de presupuestos, me ha dado á mí el encargo de arreglar con ustedes esa pequeña diferencia.

ANTONINO (*hablando con esfuerzo y tartamudeando ligeramente*).

Probablemente... el Sr. Astier ignora las condiciones en las cuales se hizo... el... el... en fin... ¿no es cierto?

VAILLANT

Déjame, déjame á mí, hijo mío. Vámonos... Vente.

CHEMINEAU

Pero ¿por qué no quiere usted que su amigo se explique? Este joven me parece muy despejado.



Plaza

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DAUDET"
Año 1926 MONTERREY, MEXICO

CHEMINEAU

Como había dicho yo á ustedes, mi amigo Pablo Astier, ocupado en sus quehaceres parlamentarios, con los trabajos de la Comisión de presupuestos, me ha dado á mí el encargo de arreglar con ustedes esa pequeña diferencia.

(Quemineau se sienta en un sillón y tartamudeando.)

Probablemente... el Sr. Astier ignora las condiciones en las que se hizo...
(Quemineau se levanta y se va.)

VALLANT

Déjame, déjame á mí, hijo mío. Vámonos... Vente.

CHEMINEAU

Pero ¿por qué no quiere usted que su amigo se explique? Este joven me parece muy despejado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"CALLE DE LA LIBERTAD"
APDO. POSTAL 10000, MONTELEONE, MEXICO



P. Carcedo

Acto I. Escena III.

(Pág. 16.)

VAILLANT

No tenemos nada que tratar con usted. Puesto que no hay medio de encontrar al Sr. Astier en su casa, iremos á verlo á la Cámara. Es un hombre público, y tiene el deber de recibirnos. Vamos, Antonino.

CHEMINEAU

Vamos, Sr. Vaillant, sea usted razonable; bien sabe usted lo que es una consignación... Usted que ha sido militar... Porque seguramente habrá usted servido en el ejército.

VAILLANT (*con menos dureza*).

No, señor; no he servido, y lo lamento. Ser soldado fué la ambición de mi juventud; pero tenía muchas obligaciones, mucha gente á mi cargo, hermanas, hermanos á quienes educar, una madre viuda y enferma... algo de lo que le pasa á mi ahijado Antonino, aquí presente.

CHEMINEAU (*mirando á Vaillant*).

¡Pues es raro! La manera de andar, el aspecto; ¡pues si es usted más militar que todos los militares!...

VAILLANT

Sí, he jugado á los soldados ya que no podía hacer otra cosa... (*sonriendo*.) En la Dirección me llaman todos el comandante.

CHEMINEAU (*saludando militarmente*).

Pues entonces, mi comandante, póngase usted en mi lugar. No hago más que cumplimentar una orden... El Sr. Astier encuentra un arrendatario que le da diez mil francos, es decir, ocho mil francos más de lo que pagaba la señora Causade. Que se quede ésta con el inmueble, si quiere; pero que pague lo que da el otro.

VAILLANT (*golpeando con el bastón encima de un mueble*).

Pero ¡con dos mil de á caballo! no hemos explicado á usted que lo que sucede... Ya sabe usted que eso sería la ruina para esas pobres gentes.

ESCENA VII

DICHOS Y PABLO ASTIER

PABLO ASTIER

¿Qué es eso? ¿De qué se trata? Servidor de ustedes, señores.

VAILLANT (*á Antonino*).

Habla.

ANTONINO (*asustado*).

No, no; usted...